

CALABAZAS



en el trastero

Siglo de sombras



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Siglo de Sombras

Créditos:

Primera edición digital: octubre 2016

Código: COD 9785400038635050098

Ilustración de portada: Miguel Puente Molins

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo (cortesía de Noche): Javier Quevedo Puchal

Autores: Adrián Artiles Santana, José Luis Cantos,

Enrique Cordobés, Salomé Guadalupe Ingelmo,

Miguel Huertas, Juan Ángel Laguna Edroso,

Miguel Martín Cruz, Alejandro Mathé, L. G. Morgan,

Óscar Pérez Varela, Gema del Prado Marugán,

Josué Ramos, Marina Tena Tena y

Víctor Villanueva Garrido

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca Fosca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Luces y sombras de un género

Si me preguntaran qué es lo más complicado cuando uno escribe terror, creo que a estas alturas tendría muy clara mi respuesta: conseguir que los lectores lo consuman en las condiciones adecuadas. Habrá quien piense que mi punto de vista es algo tramposo, o incluso autocomplaciente. Que si una obra de terror está bien escrita, da igual dónde y cuándo la leas, porque la historia y sus ambientes te van a absorber de todos modos. Y sin embargo, sé por experiencia que no ocurre así.

El terror es un género complicado por muy diversas razones, y entre ellas cobra gran importancia la mayor o menor predisposición de los lectores. No en vano, el miedo apela a algunos de nuestros resortes más profundos, nos hace (o debería hacernos) sentir inseguros y expuestos... irracionalmente pequeños, en definitiva. Como cuando en nuestra infancia nos aterrorizaba ir al baño en plena noche o sacar por accidente un pie de la cama. El terror nos transporta (o debería

transportarnos) a esas pequeñas parcelas de nuestra vida en las que el orden se desbarata y reina el caos.

Pero ¿cómo es posible alcanzar este gozoso estado de desvarío en un mundo tan cuadrículado como el que nos ha tocado vivir? Os aseguro que podemos leer un cómic humorístico en el metro, en plena hora punta, y reírnos tanto como si lo hubiéramos disfrutado en casa después de la merienda. O devorar una novela negra a orillas del mar, mientras nos bronceamos, y que nos tenga tan enganchados (cualitativa y cuantitativamente) como cuando la veníamos leyendo en el tren de cercanías. Y sin embargo, ¿ocurre lo mismo con una historia de terror? ¿Es la misma experiencia leer una leyenda de Bécquer en el metro en hora punta que bajo las sábanas en plena noche? ¿Nos perturbará tanto leer a Poe en una playa atestada de guiris como en la tranquilidad de nuestra sala de estar o en el silencio de una biblioteca pública al caer la tarde?

Imaginad ahora que vamos un poco más lejos que todo eso. Más allá de nuestras lamparillas de bajo consumo. Más allá de las luces blancas de la biblioteca. Imaginad que viajamos a un mundo sin conexión WiFi ni televisión, a un mundo que es casi el reverso del nuestro. Un lugar donde la inmediatez

y la anticipación son sustituidas por la espera y el recelo. Donde la saturación de información es reemplazada por la incertidumbre y la duda. Donde no hay luces halógenas ni bombillas de bajo consumo, sino candelabros goteantes y, en el mejor de los casos, lámparas de gas. Con ese caldo de cultivo escribieron autores inmortales como Mary Shelley o Henry James. En un tiempo donde el doctor Frankenstein estaba creando algo demasiado horrible como para darle nombre siquiera... y donde una institutriz podía debatirse entre la credulidad y la incredulidad, la locura y la razón, los muertos y los vivos. Un mundo, en definitiva, donde los lectores no tenían que estar pendientes del próximo metro, ni del próximo *whatsapp*, ni de qué etiqueta pegar al frasco antes de ponerlo en la estantería correspondiente de su propia cabeza.

La antología que tenéis en vuestras manos se propone el noble y casi suicida objetivo de trasladarnos a ese tiempo que parecía más propicio para el terror. O, al menos, para un consumo más ingenuo y desprejuiciado (¿más puro, tal vez?) de este género tan difícil de trabajar. Obviamente, no se trata de ofrecer una vulgar imitación, pues en tal caso caeríamos en un quijotismo enfermizo y

aparatoso. *Drácula* y *Carmilla* son lo que son, y pretender repetir logros más de un siglo después resultaría en una triste imagen digna de Bela Lugosi encerrado en su casa vestido con la capa que lo hizo famoso. Al contrario, la idea de *Siglo de sombras* consiste en caminar por esa estrecha línea por la que ya anduvo la célebre institutriz de *Otra vuelta de tuerca*, siempre a caballo entre el mundo de los vivos y el de los muertos. El objeto es regresarnos a ese pasado glorioso, pero siempre con un pie en el presente. Teniendo nuestro móvil cerca, si queremos, pero sin la conexión de datos y leyendo bajo las sábanas a la luz de nuestra lámpara de bajo consumo. Una luz que, conforme vamos pasando páginas, cada vez se asemeja más a la de un candelabro goteante. Un candelabro que nos deja más en las sombras que en la luz, inseguros y expuestos... irracionalmente pequeños.

Javier Quevedo Puchal

Madrid, 9 de marzo de 2015

Algo que perdí

Por L. G. Morgan

Habla el narrador, Mr. Folkestone

Me he encontrado convertido, bien que bastante a mi pesar, yo, Jeffrey Folkestone, en autor de esta historia que me atrevo a presentar ante ustedes. La razón de que esta labor haya recaído en mí solo obedece al hecho de que soy novelista. Así, aunque no fui testigo directo de los hechos, sino solo al final, he sido persuadido para narrarlos igual que haría con cualquier otra de mis obras, dándoles forma del mismo modo.

La señorita Eveline Blunt, a la sazón mi prometida, ha aceptado aportar también su propia versión cuando fuera necesario. Su punto de vista personal, podríamos decir. Y mi prima, lady Radcliffe, habrá de poner punto y final a la historia, compleja y excepcional, que ambas vivieron de primera mano.

Así, tratando por todos los medios de no defraudar su confianza, procedo de una vez a

presentar ante ustedes los acontecimientos, tal y como me han sido relatados y yo mismo los he conocido.

—Mmmm... Veo, miss Blunt, que realizó sus estudios nada menos que en la escuela de la señorita Nightingale —dijo el ama de llaves, aparentemente impresionada por las referencias que aportaba la enfermera.

—Así es, Mrs. Hammond.

—Y obtuvo su primer empleo gracias a sus elogiosas recomendaciones.

Eveline sonrió con modestia, limitándose a guardar silencio. Se hallaban en el pequeño gabinete que el ama de llaves poseía para su uso exclusivo en la planta baja de la mansión, más amplio y lujoso de lo que cabría esperar. Era obvio que Mrs. Hammond no era una empleada cualquiera.

—Muy bien, pues —concluyó, dándose por satisfecha—. Decididamente, nos gustaría contar con sus servicios. ¿Está usted de acuerdo?

Eveline Blunt se mostró ligeramente confusa.

—Yo creí... Bueno —se recompuso—, pensé que tendría que pasar algún tipo de entrevista también con lord Radcliffe. Al fin y al cabo, él será mi

empleador, y puesto que mi paciente, lady Radcliffe, no parece encontrarse en condiciones de...

—Mr. Radcliffe confía plenamente en mi criterio — interrumpió con sequedad Mrs. Hammond— y me ha dado carta blanca en este asunto.

—Muy bien; en ese caso, consideraré un honor formar parte del personal de la casa, Mrs. Hammond. En cuanto a mi paciente, ¿sería tan amable de hablarme de su dolencia? En la carta de Mr. Radcliffe se insinuaba entre líneas que la señora padece una enfermedad un tanto especial, que él no supo o no quiso detallar.

—La señora está loca —afirmó sin inmutarse—. Pero con eso difícilmente puede lidiar su ciencia, imagino. Es con las secuelas que le produce su condición con las que tendrá que enfrentarse, miss Blunt. Sus frecuentes desvaríos la llevan a vagar por el bosque o los jardines a horas intempestivas, sin cuidarse poco ni mucho de su abrigo. Incluso a echarse a los caminos y tratar de llegar a la aldea. Hay días en que decide no comer y otros en que querría atracarse de dulces y golosinas. Unos en que se muestra dócil como un cordero y otros en que parece una fiera enjaulada y nos cuesta Dios y ayuda contenerla. El doctor Colley viene a verla una vez

por semana si no surge nada extraordinario. Pero no se preocupe –añadió al ver la expresión consternada de la enfermera–, verá como enseguida se hace con el puesto y logra entenderse con la señora.

–En ello confío –contestó Eveline–. Y ahora, si eso es todo, me encantaría conocer a la señora.

La señora de Jordan Radcliffe se encontraba refugiada en su *boudoir*, una habitación de agradables proporciones con delicado empapelado de violetas. Se estaba cepillando el cabello, de un castaño rojizo muy hermoso, cuando entraron. Sus ojos eran casi verdes, advirtió Eveline, y poseían un magnetismo especial.

–Lady Radcliffe, la señorita Eveline Blunt –les presentó Mrs. Hammond–, la enfermera que acabamos de contratar.

–Buenos días –contestó lady Radcliffe acercándose a Eveline para estrechar calurosamente su mano–, me alegro mucho de conocerla.

–Igualmente, lady Radcliffe. Es un honor poder servirla.

–Llámeme Elora, querida. Vamos a pasar mucho tiempo juntas, así que será mejor dejar las formalidades. La señora Hammond, en cambio, se

resiste a mis ruegos. No he podido convencerla en ese sentido –añadió con una sonrisa.

–El respeto que le tengo a la señora me hace imposible tal familiaridad –respondió con rigidez el ama de llaves–. Ya lo sabe usted.

–Sí, sí, por supuesto –trató de aplacarla lady Radcliffe. Luego solicitó–: Me siento un poco cansada, ¿podría hacer que me suban un té, Mrs. Hammond?

–¿A estas horas, milady? ¿No cree que le estropeará el apetito?

–Muy bien –claudicó la señora–, un vaso de agua entonces.

–Como quiera. Mandaré a Maggie con él.

Se quedaron a solas y Eveline aprovechó para felicitar a lady Radcliffe por su hermosa casa y, en concreto, por su habitación, donde destacaban algunos preciosos muebles.

–Me alegro de que le gusten. Los hice traer de Boston...

–¿De Boston? –repitió Eveline con sorpresa.

–Sí, ¿no se lo habían dicho? Soy norteamericana. Espero que eso le sirva para perdonar mi, ¿como dice mi esposo?, *ligera torpeza social*.

Los siguientes días pasaron en un vuelo. La positiva primera impresión de Eveline resultó ser acertada. Elora Radcliffe era una criatura encantadora, franca y generosa; pero con una pobre imagen de sí misma. Ese aspecto la sumía a veces en profundos accesos de depresión. Pero salvo por esos estados pasajeros, su comportamiento era tan normal que Eveline llegó a dudar de su supuesta «locura». Tristemente, poco faltaba para que se tambaleara, siquiera por un momento, su opinión.

La señora había pasado todo el día imbuida de un talante extremadamente melancólico. Tal vez por los sueños terribles de la noche. Era algo que le pasaba a menudo, las pesadillas que sacudían sus sueños la dejaban extenuada toda la jornada siguiente, en la que era apenas capaz de levantarse de la cama.

Aquel día una niebla espesa acechaba tras las ventanas. Después del almuerzo, Eveline dejó a lady Radcliffe confortablemente instalada para su siesta, y se marchó a su cuarto a ordenar las notas donde consignaba los avances de la enferma, de cara a informar a Mr. Colley.

Había transcurrido una hora aproximadamente cuando una agitada doncella irrumpió en su cuarto

para decirle que la señora Hammond requería su presencia.

Eveline se lanzó escaleras abajo y alcanzó a esta justo cuando se disponía a salir.

—Es la señora —dijo el ama de llaves abruptamente—. Ha desaparecido. Mary cree haberla visto en el jardín, voy a buscarla. Creí que usted la vigilaba —añadió con acritud.

—Sí, no pensé... Ha pasado el día tan agotada que creí mejor dejarla dormir tranquila. Pero mi cuarto está junto al suyo, ¿cómo he podido no oírla?

—Oh, la señora puede ser muy discreta —contestó con acritud—. Ya ha hecho esto otras veces.

—Entonces —dijo Eveline esperanzada—, ¿es posible que sepan dónde ha ido?

—Es posible —asintió el ama de llaves a regañadientes—. Venga conmigo; parece tener una extraña fijación con el bosque.

Anduvieron entre la ondulante grisura, arrebuajadas en las capas de paseo que habían tenido la precaución de coger. El frío y la penumbra inspiraban una sensación de desamparo. La linde del bosque se materializó ante sus ojos.

–¡Escuche! –dijo Mrs. Hammond de pronto, poniendo una mano enguantada sobre el brazo de Eveline para refrenarla.

Se esforzaron por distinguir los sonidos que traía el viento. Enmascarada y difusa, por fin les llegó la voz de lady Radcliffe. No entendían sus palabras pero percibían en cambio su tono rítmico y repetitivo, como de cantinela infantil. Se dejaron guiar por el sonido hasta que por fin la vieron, una figura fantasmal entre la niebla, con el fino camión blanco pegado al cuerpo. Su cabello parecía una llama agitándose a la intemperie. Y sus ojos, enajenados, miraban a todas partes como si buscara algo. «¿Dónde puede estar?» repetía una y otra vez. «Eso que perdí... Si pudiera saber...»

Entonces las miró, sin parecer reconocerlas. Solo dijo, con tono estrangulado: «Si pudiera saber qué es... dejaría de añorarlo». Luego se echó a llorar y se tambaleó, a punto de caer. Por fortuna, Eveline y Mrs. Hammond se adelantaron rápidamente a sostenerla, y juntas la llevaron de vuelta a la casa.

Habla miss Eveline Blunt

Mi paciente me resultaba cada día más intrigante. Con el paso de las semanas los episodios de fuga,

como había empezado a considerarlos, aumentaron de frecuencia. Tanto como para hacerme pensar en un fatal desenlace.

Le había cobrado gran afecto, y por eso no podía soportar mansamente su declive, sin intentar impedirlo de alguna forma. Así que me propuse, en primer lugar, desentrañar las causas de su dolencia para así poder curarla.

Empecé por considerar con atención su entorno enfermizo, lleno de reveladores detalles. Pese a ser la atmósfera de la casa opresivamente femenina, planeaba sobre nosotras la figura invisible pero siempre presente del patrón, como si fuera una especie de dios vigilante dispuesto a castigar cualquier infracción de las costumbres, «sus» costumbres. El ama de llaves hablaba de él con notoria veneración. Elora, con una mezcla de doloroso anhelo y temor. Y el servicio solo se atrevía a nombrarlo empleando rodeos o circunloquios, como si no fueran dignas de pronunciar en voz alta su nombre. Allí el amo era la ley. Y la vida de su esposa dependía de su voluntad como ninguna otra.

Una noche fría de otoño, encontrándonos Elora y yo a solas en su cuarto, descubrí hasta qué punto esto era así.

Su ánimo se hallaba entonces más deprimido que nunca. Tal vez fue por eso que se atrevió a hacerme su confidente. Me reveló que tenía una hija. Una pequeña hada, dijo, a la que arrancaron de su lado nada más nacer. No le permitían verla «por su propia salud y la de la pequeña».

—Dicen que podría perjudicarla —sollozó— y que si la quiero de verdad debo dejar que se eduque lejos de mí. ¿Qué madre no aceptaría eso? Yo lo hago. Por ella. Pero, ¿sabes?, creo que podría soportarlo con más entereza si no fuera porque también lo he perdido a él. Jordan ya no me ama. Aunque es culpa mía, lo sé, porque yo he cambiado y no soy ya la que era. La mujer de la que se enamoró.

—Mi querida amiga, ¡no diga eso! —rebatí yo—: Seguro que lord Radcliffe sigue queriéndola. Es habitual que los sentimientos vayan madurando, cambien de forma... Pero eso no significa que desaparezcan.

No se dejó convencer.

—Agradezco tu intención —me dijo—, pero sé que no es así. No se trata del paso del tiempo, es otra cosa. Todo cambió —me explicó tras una pausa— desde el momento en que supe que estaba embarazada. Fue justo entonces. Antes él y yo...

Bueno, él siempre estaba conmigo. Me hacía... me decía cosas... —No era capaz de continuar. Advertí con sorpresa que se había ruborizado intensamente. Parecía que quería contarme algo, pero no acabó de decidirse—: Luego todo pasó, y de pronto él no soportaba mirarme.

Enmudeció por un rato, pero ahora que había empezado, ya no podía detenerse, y siguió:

—Me dijo que no podía soportar mi vientre hinchado —gimió—. Ni mis pechos llenos. Ni mi lentitud. Decía que me había vuelto vulgar, horriblemente ordinaria.

La abracé con fuerza mientras su cuerpo era sacudido por terribles sollozos.

—¿Tanto le ama aún, querida? —pregunté.

Ella entonces se separó de mí y me miró con extrañeza.

—¿Amor? No, no es amor —murmuró, y negó con la cabeza—. No lo comprendes. Yo... ¡lo veneraba! Él me hizo. Yo fui arcilla en sus manos, y él, el hombre de mundo, me modeló según sus designios y me lo enseñó todo. Me hizo sentir como nunca imaginé que se pudiera.

Aquello confirmó todas mis conclusiones. No era extraño, me dije, que mi querida amiga se

comportara de forma extraña en medio de tanto sufrimiento. ¡Y esa enfermiza devoción por su marido! Yo sabía que era muy joven cuando se casaron, y que su esposo le llevaba al menos quince años. Pero eso solo no explicaba la situación que habían establecido en su matrimonio.

En mi opinión Elora no estaba realmente loca, como parecía pensar todo el mundo, incluido el bueno del doctor Colley. No, había en su delirio algo real y en cierto modo cuerdo. Seguía una especie de lógica interna, aunque fuera esta de una clase un tanto especial.

Recordé las veces en que había escapado al bosque. Y las palabras que repetía cada vez. «Algo perdido». «Algo vital». Expresiones deshilvanadas y, si se quiere, confusas. Pero constantes. Elora se sentía incompleta, como si le faltara algo. Y en su búsqueda, trataba de recuperarlo y dejar así de estar perdida.

Bien, yo iba a ayudarla, decidí. Y para ello, investigaría por mi cuenta.

Al día siguiente, después del té, abandoné la casa y me encaminé hacia el norte. Disponía de un par de

horas libres que pensaba emplear de la manera más productiva.

La tarde era ventosa y la luz marchaba veloz hacia el declive. Atravesé los jardines y llegué al límite del bosque. Allí era donde siempre, afortunadamente, se detenía Elora. La pobre no era capaz de penetrar más allá de unos pocos pasos en la sombría penumbra que habitaban los árboles, como si sintiera que un peligro atroz se agazapaba oculto en el corazón de la fronda.

«Nada de fantasías» me ordené, «aquí no hay nada más que lo que quieras imaginar». Y continué caminando, decidida.

Los árboles parecían amontonarse sin orden ni concierto, más tupidos o dispersos según principios naturales que escapaban a mis conocimientos. Caminé dejándome llevar por la intuición. Unos cientos de yardas después empecé a distinguir el esbozo, apenas apuntado, de una senda estrecha, y la seguí. Todo era verde calma, silencio, quietud. Pero a pesar de ello mi corazón latía desacompañado.

No sé cuánto tiempo caminé en la humedad fría de aquella penumbra. De pronto, sin previo aviso, percibí a través de los árboles la silueta de una casa. Una construcción de madera con hermosos calados

blancos en los aleros, seguramente un pequeño pabellón de caza. Me acerqué. Los postigos cerrados me impedían ver el interior. Todo tenía un aire tal de abandono y tristeza que, tengo que reconocerlo, despertó en mí alguna suerte de intuición dormida. Percibí un dolor profundo, un espíritu extenuado y no obstante hambriento, pegajoso. Algo que reclamaba a gritos una expiación.

Rodeé la casa. ¡Bien! Allí no había postigos, las ventanas mostraba sus sucios cristales a la vista. Limpié uno y oteé el interior...

Tuve que sofocar un grito de pánico.

Un rostro muy pálido me contemplaba a través del vidrio empañado. Luego se disolvió en la nada y me pregunté si lo habría imaginado. La habitación a la que me asomaba estaba amueblada con un lujo desacostumbrado, pero desprovista de presencia humana. Caminé hasta la siguiente ventana. Otra estancia, un dormitorio. Blancos, rosas y encaje. Un lecho enorme con dosel de gasa. Una chimenea de mármol.

La fantasmal silueta surcó de nuevo el espacio, tan liviana como un espejismo. Me quedé petrificada. Se materializó en el centro, dándome la espalda para mirar la puerta de la estancia,

entreabierta, como si esperase ver aparecer a alguien allí. Luego, con escalofriante lentitud, se giró hacia donde yo estaba.

«¡Elora!» grité, espantada. «Pero no, no puede ser», rectificué enseguida. «Ella no...»

Me sentí estúpida hablándole al aire. Pero la situación ya escapaba por completo a mi control. No podía apartar los ojos de la teatral aparición. Era Elora y a la vez no lo era. Se trataba más bien de una representación idealizada de ella. Más joven, con la piel más blanca... e infinitamente más sublime y perversa. Es difícil explicarlo, pero su rostro mostraba a la vez la depravada y lasciva expresión de una mujer licenciosa y la tierna e inconsciente inocencia de una niña.

Me sentí fascinada: atraída y repelida por igual. Esclava de su mirada y de la energía que emanaba de ella.

Aún no sé cómo logré arrancarme de su influjo.

Huí. Eché a correr enloquecida, tratando de poner distancia entre la fiera hambrienta que vivía en aquella casa y yo. Unos minutos después recuperé la cordura. «He llegado hasta aquí y ahora no puedo rendirme», me reconvine. «Tengo que saber qué es lo que pasa, saber a toda costa».

Volví hasta la casa, alcancé la puerta y la empujé con resolución. Cedió con sospechosa facilidad. Caminé como si fuera sonámbula hasta llegar al dormitorio. Ella me esperaba; una Elora más joven, con el cabello suelto y un atuendo de niña, lleno de lazos y puntillas, que hacía destacar de un modo grotesco sus pronunciadas curvas de mujer. Había algo aterradoramente poderoso en su figura, algo sensual y también voraz. Me di cuenta de que yo misma podría sucumbir a su influjo, ¡era tan turbadora y hermosa! Con su cremosa piel contrastando brutalmente con aquellos labios rojo sangre entreabiertos.

—¿Él no va a venir? —preguntó con una voz añorada que no le conocía—. ¿Tampoco hoy?

—¿Quién no va a venir? —pregunté—. No sé a quién se refiere.

—Al señor, naturalmente, ¿a quién si no? Mi esposo —dijo con una sonrisa de suficiencia.

—Ignoraba que estuviera en Hertford Manor —contesté con frialdad—. Le hacíamos en Londres.

—Así que se ha olvidado de mí. Ya no ama a su *petit chouchou* —exclamó en un puchero compungido que me produjo repugnancia. Luego se le ocurrió algo y su rostro se iluminó—. Pero puedo

hacerlo para ti —exclamó—. Sí, desde luego: cantaré y bailaré para ti, ¿quieres?

Mi mente respondió por mí. Caminé con rigidez hacia atrás, buscando a tientas y con desesperación el vano de la puerta. Pero esta se cerró con tanta violencia que las paredes temblaron y me vi arrojada al suelo. Comprendí que no podría escapar, que tendría que contemplar cuanto quisiera mostrarme. Y me pregunté por primera vez si lograría salir de allí con vida.

Habla Mr. Folkestone

Eveline no contó nunca lo que vio en aquella casa. Tan solo diría, años después, que le removió por dentro como ninguna otra cosa en su vida. Que le produjo una mezcla insoportable de piedad, repulsión y atracción ver a esa criatura imposible desarrollar lo que a todas luces era una especie de ritual. Y al comprender que el espectador, el único espectador para el que se realizaba la función, había sido siempre lord Radcliffe, se llenó de ira. El vicioso y corrupto esposo que había enseñado a su pequeña cómo hacer para complacerle. «Alguien pagar  por esto», grit  a los cielos cuando, tambaleante y enferma, logr  escapar de la casa y atravesar el

bosque cerrado. No pensó, naturalmente, que pudiera resultar premonitoria su sentencia. Solo fue para ella una cuestión de justicia. De justicia divina.

Llegó a la mansión en un estado de turbación inenarrable. Se escabulló hasta su dormitorio y se encerró allí, luchando por tranquilizarse. Cómo iba a afrontar la velada que se avecinaba era algo que de momento se le escapaba.

Cenaron solas como de costumbre, Elora y ella. Calladas y sumidas cada una en sus propios pensamientos. Pero casi a los postres, Eveline se obligó a indagar sobre el asunto del pabellón. Comentó como de pasada que en su paseo de esa tarde había dado con una pequeña y hermosa casa dentro del bosque.

Elora se mostró sorprendida. Por una fracción de segundo hubo en sus ojos una chispa de reconocimiento, pero se extinguió de inmediato.

—No sé a qué lugar te refieres —dijo tan solo.

Un sonido estridente interrumpió cualquier respuesta.

Mrs. Hammond pasaba por delante de la puerta del comedor, llevando una bandeja. La pesada fuente se le escurrió de las manos y cayó al suelo con

estrépito, como si el ama de llaves se hubiera sobresaltado por algo.

—Discúlpeme, señora —dijo, entrando en el comedor—. He tropezado, ¡hay tan poca luz aquí! Haré que traigan otra bujía.

—No se preocupe, no ha sido nada —la tranquilizó Elora.

—Bien, señora —contestó con una inclinación. Luego se marchó.

—Estábamos hablando —continuó Eveline la conversación— de la curiosa casa que he encontrado en mi paseo. Me sorprendió mucho, yo creía que allí no había más que árboles —trató de bromear.

—Ya te he dicho que no la conozco —contestó Elora, aparentemente sincera pero, no obstante, algo envarada—. El caso es... Tengo la sensación... de haber visto algo así. Pero no puede ser —descartó con un ademán—; naturalmente, lo recordaría.

Pocos días después, sin que Eveline hubiera encontrado ocasión —ni ganas— de ir de nuevo al bosque, Mrs. Hammond anunció a lady Radcliffe la llegada de su esposo. Aquella visita inesperada causó gran conmoción en toda la casa. Rápidamente, se hicieron los preparativos necesarios para recibirle.

Lady Radcliffe se arregló con esmero y luego se sentó en su recámara, con Eveline, para esperarle.

Transcurrieron dos horas sin ninguna novedad, y ya desesperaban de tener visita cuando irrumpió abruptamente en la estancia un joven alto y rubio, de mirada franca, que casi se arrojó a los pies de Elora en su prisa por abrazarla.

—Prima querida —exclamó con una voz bien timbrada y leve acento norteamericano—. Qué ganas tenía de verte. —La besó en ambas mejillas y se sentó a su lado en el sofá—. Qué placer, como siempre, poder estar a tu lado —le dijo haciendo que Elora se ruborizase de satisfacción.

—Muchas gracias, Jeffrey querido —contestó—. Pero, dime, ¿qué haces tú aquí? Es, desde luego, una alegría inesperada. Oh, pero antes de nada —se volvió hacia Eveline—, deja que te presente a una buena amiga. Miss Eveline Blunt, mi enfermera; Jeffrey Folkestone, mi primo.

—¿Cómo está usted? —dijo Eveline, estrechándole formalmente la mano.

Puede que Mr. Folkestone retuviera la suya un poco más de lo necesario, mientras tomaba buena cuenta de su cabello oscuro y grueso, su piel dorada

y sus ojos pardos y cálidos. Pero enseguida se volvió hacia su prima, que preguntó entonces:

—Por cierto, ¿dónde está Jordan? Le esperábamos a él y en su lugar vienes tú —sonrió.

—Oh, hemos venido juntos. Creí que subía detrás de mí —añadió, confuso—. Tenía tantas ganas de verte que me he lanzado a la carrera, sin esperarle. De todas formas, ha venido todo el camino hablando sin cesar de un asunto que debía resolver sin demora, así que sin duda ha ido corriendo a arreglarlo, ya sabes cuán diligente es tu marido. Era algo relacionado con una propiedad en mal estado, creo.

Eveline lo miró curiosamente, tanto que la mirada perspicaz de Mr. Folkestone se cruzó con la suya en gesto interrogativo. Pero la intervención de Elora impidió cualquier pregunta.

—Y cuéntame, Jeffrey, ¿cuándo has llegado? Ni siquiera sabía que estuvieras en Inglaterra.

—¿Cómo?, ¿no recibiste mis cartas? —Al negar ella, continuó—: Te he escrito tres veces. Pero como siempre has sido un poco perezosa con la pluma —sonrió—, al principio no me extrañó que no contestaras. Al cabo de unos días, sin embargo, me resultó inconcebible que fueras capaz de ignorar así

a tu primo favorito. Porque lo sigo siendo, ¿no es cierto? –bromeó.

–Naturalmente, se trata de un puesto vitalicio –correspondió ella.

–Luego me encontré por casualidad con Jordan en una recepción. Le pregunté por ti y le rogué *encarecidamente* que me invitara a venir lo antes posible. Como soy un infernal americano, ya sabes, puedo permitirme esas faltas de tacto. Y aunque tu querido esposo no pareció entusiasmado, me ofreció acompañarle a visitarte, pues pensaba en breve «dejarse caer» por estos pagos. Y aquí me tienes, tu fiel y devoto admirador. Bueno, de las dos –añadió galante–. Poseo devoción y admiración suficientes para ambas.

–¡Menudo pillo estás hecho! –dijo Elora con humor–. Pero no nos quedemos aquí, salgamos fuera –decidió en un impulso–. Podemos esperar a Jordan en el jardín ya que hace tan buen día. Pediré que nos sirvan un almuerzo ligero.

Un sol tibio presidió la comida. Fue el momento más delicioso de cuantos había pasado Eveline en Hertford Manor. Elora se mostraba relajada y sonriente, olvidado su esposo por el momento. Mr.

Folkestone las entretenía contándoles las peripecias de su último viaje, encandilándolas con sus ocurrencias e imitaciones, casi de actor profesional. De pronto, su vista se detuvo en un punto.

—¡Mirad eso! —exclamó—. Allí, sobre los árboles. — Las dos mujeres se volvieron. En el cielo se dibujaba un hálito gris y espeso—. Es humo —concluyó Jeffrey, sombrío.

En ese preciso instante Mrs. Hammond salía de la casa. Cuando divisó la humareda su rostro empalideció y exclamó con angustia:

—Oh, Dios mío, se trata del pabellón.

Poco fue lo que pudo hacerse. Cuando Eveline y Mr. Folkestone, a los que se había unido el jardinero, llegaron junto a la casa, las llamas devoraban ya uno de los laterales y buena parte de la techumbre.

Escucharon los gritos de un hombre que hablaba con otra persona. Era lord Radcliffe, lanzando insultos terribles. «Pequeña zorra, te destruiré con el fuego como mereces», dijo con furia. «Aunque yo mismo haya de perecer contigo. Pero nadie te encontrará, nadie sabrá...».

La única ventana que quedaba intacta estalló en mil pedazos, arrojando esquirlas de vidrio en todas

direcciones y acallando las voces de dentro. Jeffrey se lanzó hacia la casa, con Eveline a su lado. Entre él y el jardinero intentaron abrir la puerta pero, al no conseguirlo, Folkestone trató de entrar por una de las ventanas, igualmente sin éxito. Una fuerza colosal lo arrojó lejos de la casa como si se tratara de un indeseable intruso. «No te queremos aquí. Márchate», pareció decirle.

En el interior, Jordan Radcliffe prendía fuego a las últimas cortinas y a los muebles que quedaban, gritando obscenidades. Cuando dio por terminada su tarea se volvió a la ventana y trató de escapar. Pero ya era tarde. Sus ropas habían prendido y una barrera infranqueable le cerraba el paso. Luchó con denuedo contra una presencia invisible que lo zarandeaba sin piedad. Solo durante un breve instante contemplaron su rostro a través de las llamas. Leyeron la muerte en sus ojos, y en sus labios un último «lo siento». Antes de que una viga cayera sobre él y sellara para siempre su destino.

«Sea perdonado en sus faltas», murmuró Eveline, dominada por la piedad, «tan cruelmente las ha expiado».

Habla Elora Radcliffe, de soltera Folkestone

De nuevo soy yo misma. Y a la vez otra persona, muy distinta de la que fui una vez. Desde aquel día fatídico del incendio es como si me hubiera encontrado por fin. Una parte de mi vida que creía perdida volvió a mí como en un milagro, en un instante. De golpe lo recordé todo, pero libre ya de la oscura emoción que antes contaminaba mi mente, libre de su influjo, libre de la pena y la vergüenza. Y recuerdo haberme erguido junto a la señora Hammond, en aquel jardín, sintiéndome dueña de mí, dueña de aquella casa, por primera vez.

No pensé mucho en él, en Jordan. Lo reconozco. Mi mente pasó página en aquel mismo primer minuto, fríamente, como si aquello le hubiera ocurrido a otra mujer, en otra parte. Y entré en mi casa dispuesta a escribir al procurador de Evesham, para darle cuenta del terrible suceso. Y al abogado, para que hiciera venir a mi hija May con su aya de inmediato.

Con el tiempo, me sentí capaz de interrogar a Mrs. Hammond sobre el pasado, prometiéndole que lo que pudiera contarme quedaría para siempre entre ella y yo. No entraré en detalles para no vulnerar su confianza, pero estoy segura de que, a la

hora de revelar lo esencial, no pondría reparos. Ella conoció a mi marido muchos años atrás, cuando entró de servicio en su casa y se convirtió en el ama de llaves. Fue la única persona, quizá, que llegó a conocerlo verdaderamente bien. Para todos los demás fue solo el terrateniente intachable, puede que algo reservado y un tanto demasiado recto. Para ella, en cambio, a pesar de que lo adoraba, fue el joven díscolo con peculiares inclinaciones que había que cuidar y mantener a salvo.

Hubo turbios casos en las cercanías que silenció el dinero. Hasta que me conoció y se casó conmigo. Entonces restringió sus *actividades* al ámbito familiar. Pero, ¡qué lástima!, la dulce niña quedó embarazada y dejó de ser la pequeña querida de su amo. Entonces la repudió virtualmente y se quedó como premio con el fruto de esa unión. No contaba con el fantasma. O no contaba conmigo, en realidad. Porque ahora lo sé, ese fue su gran error, no tenerme en cuenta.

Había tanta energía emocional retenida en aquella casa del bosque... Por eso una parte de mí se quedó allí, no consiguió seguirme. Hasta que el fuego la liberó y permitió que acabara con su captor.

Fue Mrs. Hammond quien, sin querer, lo precipitó todo. Ella le contó a mi esposo lo que Eveline había descubierto. Lo oyó esa noche, tras la cena. Y aquel día, mientras Jeffrey subía a verme, él se fue directo al pabellón con la intención firme de destruirlo para siempre. Pero sus planes no salieron como esperaba. Y que Dios me perdone, no soy capaz de lamentarme por ello. El fantasma lo atrapó, como él había hecho con ella. Y lo asesinó, cobrándose su venganza, para poder escapar al fin.

Ya lo ven: Jeffrey, Eveline y yo teníamos razón cuando decidimos que esta era una historia que merecía ser contada. Para que sirva de lección a cualquier joven, ingenua y enamorada, que se sienta tentada a abandonarlo todo por la promesa de amor eterno de algún extraño. Para que no caiga en la trampa y acepte ningún oscuro pacto.

Como hice yo.

Sobre la autora de «Algo que perdí»:

L. G. Morgan (Madrid, 1969) es psicóloga clínica y escritora. Relatista reincidente y novelista que gusta de mezclar en sus escritos lo real y lo fantástico, el pasado y el futuro, ha sido galardonada con el Premio Nosferatu de los lectores por *El Círculo de los Viernes (Calabazas en el Trastero: Especial Poe, Saco de Huesos)* y premiada en el II Certamen del Círculo de Escritores Errantes con el western *Un agujero en la tierra*, varias ocasiones en el Concurso Hislibris de relato histórico de Ediciones EVOHÉ (*Barón Von Humboldt*, 2011; *Istanbul, en otra vida*, 2012; *Concubina Imperial*, 2013), en el Concurso de Microrrelatos de Focus on Women con *Persiguiendo su sombra*, en el XV Certamen literario de cartas de amor Villa de Mijas, con *Estimado Sr. Montgomery* y en el V Concurso La Revelación con *En la era de los Antiguos Dioses*.

Ha quedado también dos años entre los finalistas del Concurso literario La Felguera y una en el II Concurso de relatos LaVisita y Larruzz Bilbao 2010 con el relato *Bodas de oro*. Su carta *Testamento* para el Concurso Háblame de amor fue publicada por el Ayuntamiento de Roquetas de Mar y su relato *La*

noche más larga en la vida del reverendo Stockholm fue seleccionado en el Certamen literario sobre fantasmas, espectros y apariciones del Athnecdotario Incoherente y publicado en 2013 por Ediciones La Pastilla Roja.

También ha publicado el relato *Almas en danza* (*Calabazas en el Trastero: Terror Oriental, Saco de Huesos*), y ha participado en los proyectos *Crucero por el amor y la muerte* y la antología *5 años de Relatopía*, así como en calidad de prologuista en la antología *Hasta siempre, princesas*, organizada por el colectivo Cultura Hache.

Es autora de la antología *Entremundos* y de la novela *La casa de los cerezos*.